

NIÑOS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA Y SOCIAL

Los efectos psicológicos de la violencia política en la infancia

Florentino Moreno Martín
Universidad Complutense de Madrid

Es difícil acercarse con cierta objetividad al complejo fenómeno de los efectos de la violencia política, mucho más si hablamos de un sector de la población que siempre suele sufrir sus consecuencias en el lado de las víctimas como es la infancia. En el caso de la guerra, la complejidad aumenta al tratarse de un hecho mayoritariamente rechazado. Minimizar sus efectos traumáticos podría interpretarse como una suerte de justificación. De este modo, los profesionales de la salud mental solemos esforzarnos por describir detalladamente la psicopatología de guerra, con la intención de contribuir al esfuerzo de evitarla o eliminarla. Movidos por este afán es frecuente que al detallar los efectos de la guerra caigamos en generalizaciones y simplificaciones, especialmente cuando nos referimos a la infancia. La fundamental de todas ellas es la suposición de que todos los trastornos psíquicos detectados en tiempo de guerra tiene una etiología bélica, cosa que no es del todo cierta.

Quien haya conocido desde dentro un conflicto armado sabe que la relación guerra-trastorno psíquico no es mecánica sino que está mediada por multitud de factores, entre los que los hechos bélicos más evidentes, como los bombardeos y los combates no constituyen el fenómeno fundamental. Son las separaciones afectivas y la elaboración de las experiencias vividas en el seno de la familia y la comunidad, los elementos mediadores básicos que determinan la frontera entre un niño psicológicamente sano, de lo que suele definirse como un traumatizado de guerra.

No existe unanimidad a la hora de definir el tipo de trastornos psicológicos característicos de la guerra en la infancia. La dificultad en el acuerdo se produce cuando se pretende reducir a categorías unívocas dos realidades complejas, como la guerra y la infancia, que reúnen múltiples dimensiones diferenciadoras. Al decir que la guerra produce en los niños tal o cual efecto, es preciso especificar a qué guerra y a qué tipo de niños nos estamos refiriendo. En las próximas líneas trataré de sintetizar algunos de los efectos que he podido verificar en algunos de los cuatrocientos niños nicaragüenses que entrevisté en zonas de guerra de Nicaragua y en los campamentos de la "contra" en el sur de Honduras mientras duraba el conflicto armado nicaragüense.

La regresión o retroceso a una fase evolutiva anterior, es un efecto relativamente frecuente. Los niños y niñas realizan en ocasiones conductas que ya habían superado hacia tiempo, como orinarse en la cama, chuparse el dedo, balbucear en lugar de hablar, etc. La guerra, especialmente en sus primeros momentos, supone una modificación sustancial del

ambiente familiar, social, incluso físico, en el que el niño ha ido aprendiendo las formas de comportamiento más maduro. Si estas conductas no estaban muy consolidadas, al cambiar las circunstancias en las que se desarrollaban, el niño vuelve a reproducir hábitos que le suponen menos esfuerzo y en los que se siente más seguro.

En tiempo de guerra son mucho más habituales los trastornos referidos a la vida emocional del niño. En cuanto a la intensidad de las emociones, se produce una cierta paradoja. Ante los primeros efectos de la guerra, sobre todo cuando muere alguno de sus familiares, pueden observarse en algunos niños manifestaciones de desbordamiento afectivo: hiperactividad, gritos, espasmos, parálisis funcionales, tics, etc. Sin embargo, con el paso del tiempo se generaliza una insensibilidad emocional que resulta sorprendente. Casi la mitad de los niños nicaragüenses que entrevistamos en las zonas de guerra de Nicaragua y en los refugios de Honduras, habían perdido algún familiar como consecuencia de la guerra. Muchos de ellos habían presenciado incluso el asesinato, a veces acompañado de tortura, de sus padres. Cuando les pedíamos que evocaran los hechos, los relataban con una frialdad asombrosa. Esta insensibilidad emocional es uno de los mecanismos defensivos más eficaces ante la permanente activación afectiva a la que se ven sometidos. A la vez explica el reducido porcentaje de niños con trastornos psicológicos graves.

El mantenimiento de situaciones tan propicias al desequilibrio como la muerte, las separaciones afectivas y la destrucción, podrían tener como consecuencia lógica la aparición de determinados tipos de neurosis, o incluso la manifestación de brotes psicóticos. Así sucede en algunos casos, sin embargo, es más frecuente la insensibilidad emocional, que aunque debe ser entendida también como un trastorno, representa un mecanismo adaptativo de primer orden para el niño.

Tanto en la población infantil como en la adulta, la guerra genera dos tipos de sentimientos que pueden producir consecuencias patológicas. El miedo es el primero de ellos. Sentimos miedo ante una amenaza precisa. Tememos la llegada de los aviones militares o la activación de una mina en una zona de combate. La intensidad del temor guarda cierta relación con la naturaleza de la amenaza. La ansiedad, por el contrario, es un sentimiento vital que implica un malestar generalizado, pero que no es atribuible a un objeto o situación precisa, sino más bien a un proceso o circunstancia que el individuo no controla, desconoce, o ante la que no sabe cómo actuar o qué pensar.

En tiempo de guerra las consecuencias de ambos sentimientos son diferentes. Mientras que ante el miedo pueden darse conductas de evitación y prevención que lo mitigan (construcción de refugios, sistemas de vigilancia, etc.), es decir, conductas activas que permiten, si no superarlo, sí al menos afrontarlo; la ansiedad, y más aún el proceso posterior de angustia con el que va a menudo asociada, provoca una alteración del ánimo cuya permanencia degenera en tensiones paralizadoras, que muy frecuentemente se manifiestan a través de dolencias físicas. Estos problemas psico-somáticos se han detectado en casi todas las guerras. Los más frecuentes son la sudoración y los problemas digestivos (diarreas, estreñimientos, vómitos); en algunos casos se han encontrado también desvanecimientos, ataques de asma, etc. En cada niño incapaz de manejar y exteriorizar la tensión nerviosa, ésta se manifiesta atacando la parte más vulnerable de su cuerpo.

Son mucho menos frecuentes los trastornos del pensamiento. Se han descrito casos en los que las fantasías de los niños en tiempos de guerra constituían verdaderos problemas. En una de las zonas de guerra en el interior de Nicaragua pude conocer uno de estos casos. Se trataba de un niño de nueve años al que le era imposible distinguir entre realidad y fantasía. Relataba combates en los que él mismo se tiraba en paracaídas desde los aviones sandinistas y en la caída derribaba los helicópteros enemigos.

Aunque se trate de casos excepcionales, la guerra puede provocar o intensificar trastornos importantes en el pensamiento infantil. La creación de mundos imaginarios a través de la fantasía, es un elemento necesario para el desarrollo de los niños, ya que permiten diferenciar lo real de lo imaginado. Por muy malvados y crueles que sean las brujas o los monstruos de los cuentos, al acabar felizmente el relato, el niño vuelve a sumergirse en la realidad cotidiana donde puede sentirse seguro, ya que no hay brujas ni monstruos. En tiempo de guerra las bucólicas fábulas se transforman en rumores sobre terribles maldades cometidas por el enemigo. A diferencia de los tiempos de paz, la frontera entre la maldad imaginada y la tragedia real, se disipa en algunas ocasiones y el niño vive experiencias terribles como el asesinato de sus familiares o la destrucción de su hogar. La mayor parte de los niños, tras un período de negación de la realidad, superan el impacto producido por la muerte y la destrucción. Sin embargo algunos pueden perder la capacidad de diferenciar entre lo real y lo imaginado y sumergirse, por largos períodos, en conductas autistas o en síndromes esquizoides.

Sería reduccionista terminar este breve artículo con esta somera descripción de los trastornos psicológicos más habituales en tiempo de guerra, todos ellos descritos desde la perspectiva del individuo aislado, desde el niño como paciente. La guerra genera una patología social, es más, la guerra es en sí una patología social que modifica radicalmente las condiciones de vida del país que la sufre. Por encima de los trastornos más o menos transitorios, con mejor o peor diagnóstico clínico, todas las circunstancias que acarrea la guerra, como la muerte o reclutamiento de familiares, el traslado a refugios, la presencia constante de la violencia, la militarización de la vida social, etc, tienen su reflejo en la configuración de la identidad infantil, en las formas de pensar, sentir y actuar de los que pronto serán adultos. Es esta socialización bélica, este aprendizaje de la violencia como algo lógico, el trastorno más pernicioso de la guerra, pues supone por sí misma la perpetuación del fenómeno social más pernicioso de cuantos ha generado la humanidad.

FACTORES ATENUANTES

Los hechos bélicos, las separaciones afectivas y la elaboración de las experiencias vividas, son los tres desencadenantes fundamentales del trastorno psíquico de la infancia en tiempo de guerra. No hay que olvidar sin embargo que los tres elementos se entrecruzan permanentemente, y que es en definitiva la situación global del país que vive el conflicto, la causante del trauma psicosocial de la infancia.

Varias son las iniciativas que se han llevado a cabo para mitigar la influencia de la guerra en los niños, tanto durante el desarrollo de la misma, como en la situación post-bélica.

Aunque en algunos casos especialmente graves, se llevan a cabo terapias individuales, la mayor parte de los trastornos psicológicos originados por la guerra, suelen ser más eficazmente tratados acudiendo al entorno social del niño, especialmente a la familia y al grupo de personas más cercanas de la comunidad.

Algunas de las medidas preventivas que se han mostrado mínimamente eficaces son: evitar, siempre que sea posible, las separaciones afectivas, permitir una adecuada elaboración del duelo cuando existen víctimas mortales y establecer un nivel de comunicación con el niño, lo suficientemente fluido y adecuado a su edad, sobre los acontecimientos que le rodean. Cuando comienza la guerra es frecuente que los padres intenten mantener apartados a sus hijos del conflicto lo que les lleva en ocasiones a ocultarles lo que sucede, o lo que es peor, a engañarles diciéndoles que lo que se dice sobre los combates es mentira. Aunque

es comprensible esta conducta, su resultado es ineficaz. Una guerra no es un hecho que pueda ocultarse fácilmente. El niño observa conductas extrañas y percibe los trastornos emocionales de los adultos que le rodean: nerviosismo, miedo, tristeza, etc. Es necesario que todos estos fenómenos sean interpretados por el niño dentro del contexto en el que se desarrollan. De no ser así es muy probable que se generen en él sensaciones de inseguridad y desconcierto que abonan el terreno a la aparición del trastorno.

Algo que se ha mostrado como eficaz a la hora de prevenir el trastorno infantil en tiempo de guerra, es la participación social y política de los familiares. Las familias más afectadas suelen ser las que están más aisladas de sus vecinos, las que se manifiestan neutrales, o las que se oponen firmemente al desarrollo violento del conflicto. Es normal que así sea. En el ambiente de absoluta polarización que lleva consigo la guerra, las actitudes neutrales o antibelicistas son firmemente combatidas y tachadas de insolidarias. Las personas que mantienen estas posturas son acusadas de colaborar con el enemigo, generándose alrededor de las mismas un clima de marginación al que no son ajenos los niños. Por el contrario, las personas más activas políticamente se ven arropadas por el ambiente general de exaltación a la lucha. Su participación les permite dar sentido a los múltiples dramas que les rodean, y lo que tal vez sea más importante, les posibilita enfrentarse a la situación de una forma activa, lo que es menos angustioso que la continua espera de los que creen estar al margen del conflicto.

La situación es diferente cuando la guerra termina. Mientras dura la contienda, se vive en un estado de provisionalidad que la paz corta radicalmente. Es entonces cuando, entre los que participaron en la misma de forma más activa, la intensa vida emocional da paso a un estado de ánimo en el que todo parece carecer de sentido. Las depresiones de los adultos, tan frecuentes en las post-guerras, hacen que los niños sean más vulnerables al padecimiento de los distintos trastornos mencionados anteriormente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- MORENO MARTÍN, F. *La socialización bélica. Estudio empírico en Centroamérica y España*. Madrid: Universidad Complutense, 1991.
- MORENO MARTÍN F. *Infancia y guerra en Centroamérica*. San José de Costa Rica: FLACSO, 1991.
- MORENO MARTÍN, F. Trastornos psicológicos de la infancia en tiempo de guerra. *Boletín de la Sociedad Madrileña de Medicina de Familia y Comunitaria* 1991, abril, p. 10-11.
- MORENO MARTÍN, F. La polarización, el pretendido mal. *Interacción Social* 1993, nº 3, p. 117-132.

IV CONGRESO ESTATAL
INFANCIA
MALTRATADA

Calidad y eficacia como metas



A. ESQUIVIAS

Sevilla, del 8 al 11 de Noviembre de 1995